

APUNTES DE HISTORIA DE LA IGLESIA

1

EDAD ANTIGUA
De los orígenes al siglo V



ANTONIO PÉREZ-MOSSO NENNINGER

**APUNTES DE
HISTORIA DE LA IGLESIA
1**

ANTONIO PÉREZ-MOSSO NENNINGER, hnssc

**APUNTES DE
HISTORIA DE LA IGLESIA
1**

EDAD ANTIGUA
De los orígenes al siglo V

EDICIONES
COR
IESU

Primera edición: 2016

Segunda edición: 2018

© Antonio Pérez-Mosso Nenninger, hnssc

© 2020 EDICIONES COR IESU, hhnssc

Plaza San Andrés, 5

45002 - Toledo

www.edicionescoriesu.es

info@edicionescoriesu.es

ISBN papel: 978-84-18467-50-9

ISBN ebook: 978-84-18467-24-0

ISBN colección: 978-84-18467-56-1

Depósito legal: TO 105-2022

Imprime: Ulzama Digital. Huarte (Navarra).

Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación, total o parcial, de esta obra sin contar con autorización escrita de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y ss. del Código Penal).

“La Iglesia, al prestar ayuda al mundo, sólo pretende una cosa: el advenimiento del Reino de Dios y la salvación de toda la humanidad. Todo el bien que el Pueblo de Dios puede dar a la familia humana deriva del hecho de que la Iglesia manifiesta y al mismo tiempo realiza el misterio del amor de Dios al hombre”.

“El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se encarnó para que, hombre perfecto, salvara a todos y recapitulara todas las cosas. El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud de sus aspiraciones. Él es aquel a quien el Padre resucitó constituyéndolo juez de vivos y de muertos. Caminamos como peregrinos hacia la consumación de la historia humana, la cual coincide plenamente con su amoroso designio: restaurar en Cristo todo lo que hay en el cielo y en la tierra (Ef 1, 10)”

Cristo, Alfa y Omega de la historia
(Vaticano II, Gaudium et spes, 45)

CONTENIDO

Siglas

Prólogo

Tema 1. La Iglesia, realidad divina y humana. Su estudio histórico

Tema 2. Israel, pueblo de Dios en que nace la Iglesia

Tema 3. La Iglesia madre de Jerusalén (30-67).

Tema 4. Religiosidad y moral en el Imperio Romano

Tema 5. Anuncio del Evangelio a las gentes (30-100).

Tema 6. Las persecuciones romanas de los siglos I y II

Tema 7. Vida interna de la Iglesia en los siglos II y III

Tema 8. Judaizantes y gnósticos en los siglos I-III

Tema 9. Las grandes persecuciones romanas del S. III y IV

Tema 10. Romanización y Evangelio en “Hispania”

Tema 11. Concilio de Nicea y Arrianismo (325-381).

Tema 12. El Cisma Donatista

Tema 13. Relación de la Iglesia con el Estado en el siglo IV

Tema 14. Conversión del Imperio Romano en el siglo IV

Tema 15. Vida interna de la Iglesia durante los siglos IV y V

Tema 16. El monacato en Oriente y Occidente

Tema 17. El pelagianismo

Tema 18. El Concilio de Éfeso (431).

Tema 19. Concilio de Calcedonia (451).

Índice de nombres, lugares y conceptos

SIGLAS

- CV : CANALS VIDAL, Francisco, *Los siete primeros concilios*, Scire, Bna 2003
- Dz ó DS : DENZINGER, Enrique (prep.), *El Magisterio de la Iglesia*, Herder, Bna 1963, vers. castellana del *Enchyridion symbolorum* anterior citado con Dz, y a partir de la edición latina de 1963 citado con DS
- EU : Eusebio de Cesarea, *Historia eclesiástica*, vers. esp. de Argimiro Velasco, Bac, Md 2001
- FCV III, CANALS VIDAL, Francisco, *Obras completas*, III (Escritos teológicos 1), Balmes, 2015
- FM III: PALANQUE, J.R., BARDY, G., LABRIOLLE, P. de, *La Iglesia del Imperio*, (Fliche Martin 3), Edicep, Valencia, 1977
- FM IV: LABRIOLLE, P, DE, BARDY, G., BREHIER, Louis, *Los reinos germánicos*, (Fliche Martin 4), Edicep, Valencia 1975
- GER : *Gran enciclopedia Rialp (en 24 vols)*, Rialp, Md
- HC I : ORTIZ DE URBINA, Ignacio, *Nicea y Constantinopla*, Eset, Vitoria 1969
- HC II : CAMELOT, P.-TH., *Efeso y Calcedonia*, Eset, Vitoria 1971
- HE I: GARCIA VILLOSLADA, Ricardo, *Hª de la Iglesia en España (s. I-VIII)*, Bac, Md 1982,
- JD I : JEDIN, Hubert (dir), *Manual de historia de la Iglesia*, I, Herder, Bna² 1980. (Esta 2ª ed. no modifica a la 1ª , de 1966)
- JD II : JEDIN, Hubert (dir), *Manual de historia de la Iglesia*, II, Herder, Bna² 1990 (Esta 2ª ed. no modifica a la 1ª , de 1980)
- LH: *Liturgia de las Horas*, I-IV, Coeditores Litúrgicos, España ³1988
- MN I : MONACHINO, Vincenzo, *Le persecuzioni nell 'Impero romano e la polemica pagano-cristiana*, Univ.Greg, Roma 1979
- MN II : MONACHINO, Vincenzo, *Il cristianesimo da Constantino a Teodosio*, Univ.Greg, Roma 1979
- NH I : DANIELOU, Jean -MARROU, Henri-Irenée, *Nueva historia de la Iglesia*, I, Cristiandad, Md ²1982
- RB I: *Padres apostólicos y apologistas griegos (s.II)*, versión española por Daniel RUIZ BUENO, Bac, Md 2002
- RB II : *Actas de los mártires*, vers. española por Daniel RUIZ BUENO, Md 1968

SJ I : LLORCA, Bernardino, *Historia de la Iglesia católica*, I (Edad Antigua), Bac, Md ⁷1996

SJ II : GARCIA VILLOSLADA, Ricardo, *Historia de la Iglesia católica*, II (Edad Media) , Bac, Md ⁶1999

PRÓLOGO

Estos *Apuntes* tratan de aportar una breve síntesis de la historia de la Iglesia, a un tiempo realidad divina y humana. Redactados en gran parte sirviéndonos de los manuales y colecciones de historia eclesiástica e historia general de uso más común y valor reconocido, se cita en cada caso el texto o textos fundamentales que han servido para este trabajo.

A este primer volumen de los *Apuntes*, dedicado a la Iglesia Antigua, Dios mediante le sucederán en plazo corto los siguientes con el propósito de llegar hasta el final del Concilio Vaticano II.

Ni que decir tiene que no mueve a esta redacción un afán de presentar una Iglesia ideal en la que todo han sido virtudes, sino el deseo de exponer sencillamente la realidad de lo sucedido en la medida en que nos sea posible, y en muy breves síntesis.

Constables inmensas grandezas de la Iglesia se mezclan en el decurso de su historia con graves miserias internas. Unas y otras constituyen una eficaz apología de la Iglesia; paradójicamente, también las miserias, pues sin cesar nos remiten a las palabras del apóstol Pablo: *“llevamos este tesoro en vasijas de barro para que más se vea que una fuerza tan grande es de Dios y no de nosotros”*(2Co 4, 7).

La Iglesia, nacida en Pentecostés, pronto sale de Israel para extenderse por todo el Imperio romano -entonces, la cuenca del Mediterráneo-, y aun más allá, anunciando la salvación por Cristo, viviendo de la Eucaristía, los sacramentos y la palabra de Dios.

No tardan en venir las persecuciones. El Imperio acoge toda suerte de religiones de los pueblos dominados, pero no la cristiana. Primeramente, serán motines populares, más o menos dispersos e inconexos, los que se abaten sobre los cristianos por no participar en las inmoralidades de los festejos romanos (luchas de gladiadores, de hombres con fieras, bacanales..). Más adelante, ya desde inicios del siglo II, serán perseguidos por el mismo Estado en nombre de la ley, por confesarse cristianos y no rendir tributo de

adoración a la “divinidad” de los emperadores. Eran acusados de “ateos” en los tribunales romanos.

El rigor con que fue aplicada la ley persecutoria varió según tiempos y lugares. Fueron muchos los mártires, y también hubo no pocos *lapsi*, incursos en faltas de variable gravedad y que en gran parte, luego arrepentidos, solicitaban el reingreso en la comunidad cristiana.

La gravedad de las persecuciones, aunque discontinuas y ejecutadas a lo ancho del Imperio con rigor variable, fue creciendo con el tiempo. Llega a su culmen a finales del siglo III y comienzos del IV, y concluye, casi súbitamente, al decretar Constantino la libertad para los cristianos (313).

Pero, como expresó Tertuliano, la sangre de los mártires era semilla de nuevos cristianos. El anuncio de Cristo, acompañado por la práctica de la caridad cristiana con todos, y el testimonio heroico de los mártires, hizo que al finalizar las persecuciones ingentes muchedumbres acudiesen a la Iglesia solicitando el bautismo, hasta el punto de que ya a finales del siglo IV la inmensa mayoría de la población del Imperio era cristiana.

Durante el acoso de las persecuciones, a las crecientes comunidades cristianas no les faltaron otro tipo de dificultades, menos cruentas, pero no menos graves. Fueron los intentos de reducir la fe de los cristianos a *gnosis* (explicaciones puramente racionales sobre el origen del mundo, el mal y la salvación del hombre, provenientes de la cultura griega dominante), o de reducir, por contaminación del error judaico, la salvación cristiana a pura salvación del hombre por sí mismo (como trataron de afectar a los cristianos el ebionismo y las teorías de Cerinto). De ambas tentaciones fue liberada la comunidad cristiana guiada por los Padres Apostólicos, a la que advierten, para no separarse de la fe, que ésta precisamente se conserva y vive en la tradición de la Iglesia.

En Oriente, durante las persecuciones, nace el anacoretismo en el desierto egipcio de la Tebaida, movido especialmente por el ejemplo de la entrega total que los mártires hacían de su vida, y por el deseo de seguir a Cristo por la práctica de los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia.

Por evolución del anacoretismo hacia la vida en común surge el monacato en el Alto Egipto a comienzos del siglo IV, y pronto se extiende enormemente por Egipto, Palestina, Siria y Asia Menor, y también hacia

Occidente llevado por san Atanasio (monacato que en Occidente será decisivo desde el siglo V al XI para la evangelización y civilización de los pueblos bárbaros). Aquellos monjes fueron el alma de las comunidades cristianas más fervientes de Oriente, y son el origen histórico de la vida religiosa en la Iglesia en sus múltiples formas de órdenes, congregaciones e institutos de vida consagrada.

La política de Constantino, y aún más la de su sucesor Constancio, de muy grave intromisión en los asuntos de la Iglesia, potenció en el norte de Africa el cisma donatista; y en el Imperio de Oriente, la gran convulsión arriana. Ésta después de casi 60 años desaparece de Oriente. No sucedió lo mismo con el donatismo.

Al terminar las persecuciones habían surgido varios cismas en la Iglesia al no haber acuerdo sobre con qué condiciones se ha de readmitir a los *lapsi* que lo solicitan. El más grave y duradero fue el cisma rigorista de los donatistas del norte de Africa (Libia, Numidia). Pese al gran esfuerzo de san Agustín pervivirá hasta al advenimiento del Islam al final del siglo VII, que acabará absorbiendo a aquellas muchedumbres muy afectadas de antiguo resentimiento antirromano.

El fin de las persecuciones, y la siguiente conversión de la mayoría de las gentes del Imperio, había llevado al emperador Teodosio, aconsejado por san Ambrosio de Milán, a declarar el 381 la confesionalidad del Imperio, esbozo primero de lo que ha de ser la gran unidad de la Cristiandad medieval, sociedad con múltiples pluralidades, pero en la que la fe en Cristo lo penetra todo, al individuo y a la sociedad entera, en su vida, costumbres y leyes.

Nos referimos en especial a la Cristiandad medieval de Occidente, pues en la de Oriente pervive, heredada de la Antigüedad, la concepción pagana sobre el carácter absoluto -divino- de la autoridad del Estado, lo que llevó a los emperadores de Oriente, aun proclamándose cristianos, a muy graves abusos. En Occidente no habrá reino cristiano, de origen muy humilde todos ellos a diferencia del de Bizancio, que promueva o propicie herejía alguna, ni encarcele papas (hasta que advenga la gran crisis de la quiebra de la Edad Media en el XIV), o persiga, e incluso martirice a santos defensores de la fe, enfrentados a las herejías que apoya o suscita la propia corte de Bizancio.

Decisivos para el desarrollo del dogma trinitario y cristológico fueron los siglos IV y V de Oriente. Ya en el siglo III, ciertas vacilaciones, nociones filosóficas inadecuadas (que afectaron a Orígenes y después a Arrio), y cierta contaminación judaica, hicieron en conjunto incurrir en teorías de suyo antitrinitarias (como el modalismo de Práxeas y de Sabelio) o en teorías adopcionistas (como las de Teodoto y Samosata). El magisterio de los papas de la época se manifestó claramente al respecto rechazando todas estas teorías.

Pero será en el siglo IV cuando en la Iglesia se dé el gran desarrollo del dogma trinitario que lleva al Concilio de Nicea (325) y al siguiente de Constantinopla (381) a la afirmación de un solo Dios y tres personas distintas, iguales en naturaleza y dignidad (el Hijo no es “subordinado” al Padre, ni creatura, como pretendía Arrio, sino “engendrado, no hecho, consubstancial al Padre”).

Y en el siglo V se dará, también en Oriente, el decisivo desarrollo del dogma cristológico. En el concilio de Efeso (431), presidido por san Cirilo de Alejandría, “Doctor de la Encarnación”, se define la unidad del Verbo: uno y el mismo el que desde toda la eternidad es engendrado por el Padre, y el que en el tiempo nace de María Virgen. La doctrina de Nestorio condenada en Efeso atribuía a Cristo una unidad sólo moral (de amistad, de adopción, o como de esposo y esposa) entre Dios y el hombre Jesús de Nazaret. Y en el concilio de Calcedonia (451) se definirá la verdadera distinción en Cristo de dos naturalezas, humana y divina (“sin mezcla ni confusión”) en una sola persona, el Verbo (“unión hipostática”).

El nestorianismo, reprobado en Efeso, pervivió tiempo a base de no mentar a Nestorio y de propagar las doctrinas de su principal maestro, Teodoro de Mopsuestia, contra el cual, fallecido el 428, no hay pronunciamiento magisterial alguno hasta el V Concilio (553). El nestorianismo se fue luego extinguiendo en la Iglesia, y desplazado hacia Asia alcanza allí notable expansión. Aquellos llamados “cristianos de Santo Tomás” con los que san Francisco Javier contacta en la India en el XVI eran de obediencia nestoriana, aunque seguramente más ignorantes que afectados de herejía alguna.

A la par que en Calcedonia se da la gran fórmula dogmática, suscrita también por los obispos seguidores de san Cirilo, que eran mayoría en este

concilio, fue una tremenda desgracia que éstos por distintas razones al cabo de un tiempo pensasen que Calcedonia había incurrido en la herejía nestoriana, y que el papa san León Magno, al aprobar el concilio, se había apartado de la fe.

En realidad, el monofisismo de los cirilianos, que arrastró a todo Egipto, Siria y Palestina, no fue herejía sino cisma. Así lo proclamará Pío XII en su encíclica *Sempiternus Rex* en el XV centenario de Calcedonia. Pero entonces no se quiso reconocer magisterialmente la plena ortodoxia de san Cirilo de Alejandría durante más de cien años. Este silencio enrareció todo, y no ayudó a que el “monofisismo histórico” retornase a la Iglesia. Aquellos monofisitas, en su inmensa mayoría y hasta hoy –sobre todo los millones de coptos de Egipto, no pasados al Islam, que llevan la cruz de Cristo tatuada a fuego junto a la muñeca- no incurrieron en negar a Cristo verdadera humanidad (lo que sería “monofisismo teológico” o docetismo). El verdadero diálogo ecuménico, para acabar con esta dolorosa escisión producida en el siglo V en Oriente, se sigue llevando adelante sobre la base del reconocimiento de graves faltas por ambas partes.

En el siglo V surge en Occidente la herejía soteriológica de Pelagio, paralela a la cristológica de Nestorio en Oriente, que atribuye al hombre con voluntad fuerte, decidida, la capacidad de conseguir por sus fuerzas la victoria sobre el pecado, y en definitiva la salvación final. Es teoría conexas con el error judaico de la autojustificación o justificación del hombre por sus obras denunciada por san Pablo (si así fuese “en vano Cristo murió”), que rebrotará en distintos momentos de la historia posterior, pero en su época, gracias en gran manera a san Agustín, no se extiende por el cuerpo de la Iglesia.

En Occidente, las invasiones bárbaras de la época habían ido penetrando en el Imperio (cruzando progresivamente sus principales fronteras del Danubio y el Rin) hasta el punto de hacerse con el poder en la segunda mitad del siglo V. En lugar de la unidad política romana surge una pluralidad de reinos gobernados por las minorías invasoras. Son pueblos y tribus en su mayoría paganos; alguno, como es el caso de los visigodos, evangelizado en arriano antes de penetrar en la Península.

Pero rápidamente los vencedores asumen la fe de los vencidos, las mayoritarias poblaciones cristianas romanizadas. A la primera conversión

de estos pueblos, el franco, seguirán en menos de cien años las de los demás pueblos bárbaros asentados en el viejo solar del derruido Imperio Romano de Occidente. Con fe sencilla y profunda, y pese a la barbarie de sus costumbres, los recién conversos, fundando aquellos incipientes reinos, serán los generadores de una nueva etapa en la historia, la llamada Edad Media, o Cristiandad de Occidente, al poner a Cristo por soberano de todo. La inspiración de un san Agustín y su *Ciudad de Dios*, precedida por la de un san Ambrosio de Milán, y proseguida por los papas de la época (Gelasio I, san Gregorio Magno...) propiciaron sin duda esta nueva fase de la historia.

La redacción de esta síntesis de los presentes *Apuntes* es sobremanera deudora de un conjunto de personas a las que deseo expresar toda mi gratitud y reconocimiento. En especial a mis profesores de Historia eclesiástica en la Gregoriana, los padres jesuitas Vincenzo Monachino, Hans Grotz y Mario Fois. Y de modo muy particular, decisivo, ha podido elaborarse este trabajo gracias a las pacientes enseñanzas orales durante años de don Francisco Canals Vidal y al gran número de sus escritos. Movidado por el santo anhelo, de que el Corazón de Cristo reine en el mundo se ha prodigado en *Schola Cordis Iesu*, y en tantas otras partes adonde le llamaban, para prolongar el magisterio del p. Ramón Orlandis Despuig, S.J., transmisor en gran manera de la conciencia que la Iglesia posee de ser el Pueblo de Dios en medio de la historia.

TEMA 1

LA IGLESIA, REALIDAD DIVINA Y HUMANA. SU ESTUDIO HISTÓRICO

La Iglesia, “esposa de Cristo”, “Pueblo de Dios” que vive por el Espíritu Santo

Para tratar de comprender la historia de la Iglesia -su vida, su multiseccular formulación del dogma, personas e instituciones, obras espirituales y civilizadoras, avances y retrocesos, grandezas y miserias- se requiere partir de su realidad misteriosa, humana y divina; humana, por los miembros que la componen; y divina, por su Fundador y por el Espíritu Santo que la anima para llevar a la humanidad redimida por Cristo hasta su plenitud de la gloria del cielo.

La Iglesia, por Cristo instituida, es en medio del mundo “el Pueblo de Dios”; por Dios creado al establecer con él la Nueva Alianza de pura misericordia, sellada con la sangre de Cristo, que nos hace hijos de Dios y pueblo destinado a anunciar la salvación y a hacer partícipes de ella a todas las gentes.

La Iglesia es misterio de santidad; impecable, con la santidad e infalibilidad que Dios le confiere. Impulsada por el Espíritu Santo desde su origen en Pentecostés, no puede desviarse de su fe ni sus sacramentos dejar de santificar. Y a la vez, es humana: sus miembros están llamados a participar libremente, movidos por la gracia, en la obra de la redención, sirviendo al Señor de todo corazón. Están, pues, llamados por pura misericordia a ser instrumentos vivos de Dios en su obra de salvación. Pero pueden, usando mal de su libertad, resistir a la gracia y someterse así a la esclavitud del pecado.

Acciones santas y pecados se interfieren en la trama del acontecer humano de la Iglesia. Ésta, por tanto, no puede ser comprendida como mero hecho cultural o sociológico humano; ni tampoco como puro espíritu del que

queden excluidos los pecadores (como tendían a concebir Joaquín de Fiore y los espirituales del siglo XIV)¹.

La Iglesia -“Esposa de Cristo”- vive por el amor que el Señor le tiene pese a los pecados e infidelidades de sus miembros. Él es la Cabeza del “Cuerpo místico”, al que dirige, sostiene y ha prometido asistir hasta el fin de los tiempos.

La historia de la Iglesia, conexas con el misterio de Cristo en la Cruz

“En su conjunto -señala Hubert Jedin- la historia de la Iglesia sólo puede ser comprendida dentro de la historia sagrada; su sentido último sólo puede integrarse en la fe. Ella nos presenta el crecimiento del «cuerpo de Cristo»; no como imaginó la «teoría de la decadencia», como un constante deslizarse pendiente abajo del ideal de la Iglesia primitiva; pero tampoco como soñaron, los ilustrados de los siglos XVIII y XIX, como un progreso continuo [de los humanos por sus puras fuerzas]. La Iglesia pasa por enfermedades y sufre retrocesos e impulsiones. Sin menoscabo de su santidad esencial, la Iglesia no es lo perfecto, sino que necesita constantemente de renovación («Ecclesia semper reformanda») y aguarda lo perfecto. Cuando entre en la parusía, aparecerá a plena luz el camino histórico recorrido, se comprenderá el sentido último de todos los acontecimientos”².

La historia de la Iglesia es conexas con el misterio de Cristo en la Cruz. Por Revelación el creyente conoce que la Iglesia debe crecer hasta que “todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra” (Ef 1, 10)³. A Él deben todo los humanos. Ya por derecho de naturaleza - como Dios que es- , ya por derecho de conquista -como hombre-, pues con su sangre hemos sido redimidos, rescatados de la esclavitud del pecado y adoptados como verdaderos hijos de Dios. Por tal doble motivo es Cristo Rey del universo⁴.

Pero antes del triunfo y exaltación de Cristo resucitado, reconocido y amado por la humanidad, él ha querido venir al mundo en humildad y pobreza, y finalmente padecer en la Cruz. De modo semejante, al crecimiento y triunfo definitivos de la Iglesia, preceden sus cruces: los

impedimentos internos y externos que la afligen en su peregrinar por la historia, pasando por avances; y también, por enfermedades y retrocesos, pues su santidad esencial no excluye los pecados de los miembros.

La historia de la Iglesia remite sin cesar al misterio sin el que es imposible lograr una fructífera inteligencia de ella: remite a la **felix culpa** (“¡oh feliz culpa que nos mereció tan grande Redentor!” que proclama la liturgia de la Iglesia en la Vigilia pascual). Errores y culpas alcanzan a tener sentido dentro del plan de salvación en Cristo. “Todo lo que sucede en el tiempo - señala Joseph Lortz- es de Dios, [nada está fuera de su Providencia]. El error sigue siendo error; la cizaña, cizaña; el pecado, pecado; unos y otros son la antítesis reprobable de lo anunciado por Dios. Pero la voluntad salvífica de Dios gobierna el mundo y hace que incluso el error de los hombres sea útil para su santo gobierno”⁵.

Dios permite el pecado de nuestros primeros padres -afirma san Pablo- *“pero donde abundó el pecado sobreabundó la gracia”* (Rm 5, 20). En el perdón de sus pecados, el hombre conoce y alcanza la misericordia y el amor de Dios, manifiestos ante todo en el Corazón de Cristo, muerto y resucitado por nuestra salvación.

Cristo es la clave de la historia de la humanidad. Hacia él confluye todo: *“porque debe él reinar hasta que ponga a todos sus enemigos bajo sus pies”* (1 Co 15, 25). Según su plan de salvación en favor de los hombres, Dios *“se propuso de antemano, para realizarlo en la plenitud de los tiempos, hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra”* (Ef 1, 10); *“Yo soy -revela Cristo a San Juan- el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin”* (Ap 22, 13).

Bienes que de suyo reporta conocer la historia de la Iglesia

Aunque la historia de la Iglesia es ciencia auxiliar de la teología dogmática, a la que no suple sino que sirve, es decisiva su contribución. Cabe señalar algunos importantes bienes que proporciona:

a) Ayuda a amar a la Iglesia y conocer la fe que ella guarda y transmite. La historia de la Iglesia muestra cómo en el Pueblo de Dios han abundado siempre los ejemplos de santidad (que haya pecados entre los miembros de la Iglesia no constituye novedad; lo asombroso, dada la condición humana,

es precisamente lo contrario, la constatable abundancia de frutos de santidad en todo tiempo y lugar). De manera vívida enseña también la historia eclesiástica cómo la Iglesia ha ido formulando el dogma católico en medio de inmensas dificultades (persecuciones, herejías, intromisiones del Estado, corrupciones morales, pecados de los propios hombres de la Iglesia, etc.), y cómo pese a su debilidad humana ha anunciado a toda suerte de gentes la palabra de Cristo haciéndoles partícipes de los tesoros de la redención.

b) Ayuda a profundizar en la verdad de que la humanidad está del todo necesitada de Cristo: en este mundo y, definitivamente, para la vida eterna. Ayuda a comprender que los hombres, sólo por su apertura al amor de Dios manifestado en Cristo pueden verse libres de la esclavitud del pecado y sus tremendas consecuencias; consecuencias en parte muy verificables en la historia (resentimientos, odios, venganzas, pobrezas, miserias, escándalos, corrupciones morales de todo tipo, seducción de mitos antihumanos y anticristianos, violencias, trágica sucesión de guerras, etc.). De manera genial en el siglo V expresaba el gran doctor de la Iglesia **san Agustín** que el hombre que pretende vivir según sí mismo, y no según Dios, se destruye al edificar “la ciudad terrena”, contrapuesta a “la ciudad de Dios”:

“Y así, cuando el hombre vive según la verdad, no vive según él mismo, sino según Dios... Pero cuando vive según él mismo, vive según la mentira. No se trata de que el hombre sea mentira, puesto que tiene por autor y creador a Dios.. La realidad es que el hombre ha sido creado recto, no para vivir según él mismo, sino según el que lo creó.”⁶.

"Dos amores fundaron [en este mundo] dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la celestial.

La primera se gloria en sí misma, y la segunda se gloria en el Señor. Aquélla solicita de los hombres la gloria; la mayor gloria de ésta se cifra en tener a Dios por testigo de su conciencia. Aquélla se engríe en su gloria; ésta dice a su Dios: «Gloria mía, tú mantienes alta mi cabeza»(Sl 17, 2). La primera está dominada por la ambición de dominio en sus príncipes o en las naciones que somete; en la segunda se sirven mutuamente en caridad, los superiores mandando y los súbditos obedeciendo.

Por eso los sabios de aquélla, viviendo según el hombre, han buscado los bienes de su cuerpo o de su espíritu, o de ambos; y pudiendo conocer a Dios, no le honraron ni le dieron gracias como a Dios, sino que se desvanecieron en sus pensamientos, y su necio corazón se oscureció. Pretendiendo ser sabios, exaltándose en su sabiduría por la soberbia que los dominaba, resultaron unos necios que cambiaron la gloria del Dios inmortal por imágenes de hombres mortales, de pájaros, cuadrúpedos y reptiles (pues llevaron a los pueblos a adorar semejantes simulacros, o se fueron tras ellos), venerando y dando culto a la criatura en vez de al Creador, que es bendito por siempre (cf. Rm, 1, 21-25).

En la segunda, en cambio, no hay otra sabiduría en el hombre que una vida religiosa, con la que se honra justamente al verdadero Dios, esperando como premio en la sociedad de los santos, hombres y ángeles, que Dios sea todo en todas las cosas”(Cf 1 Co, 15, 28).²

c) Contribuye a percibir los acontecimientos de manera sobrenatural; a no separar fe y vida, como ámbitos extraños, ni a reducir la fe a puro compromiso ético-cívico. Ayuda a entender que el hombre está hecho para Dios, y que si pretende desviarse de su fin se autodestruye. Facilita el captar que los problemas humanos no son humanos sin más, sino de relación para con el Creador y Redentor de la humanidad; realidad que hace expresar al Concilio Vaticano II que “*el misterio del hombre sólo se esclarece a la luz del Verbo encarnado*”³.

d) Constituye una eficaz apología de la Iglesia. Esto, que es evidente en lo que respecta a sus grandes tiempos, personas y empresas heroicas, y a la abundante profusión de signos de santidad en toda época, y a su reiterada renovación de fuerzas para recuperarse y reformarse a sí misma, fuerzas no explicables sin la gracia, es también verdad respecto a las variadísimas y graves taras de su historia. Quizá éstas sean uno de los signos más impresionantes de la divinidad de la Iglesia: el que todos los pecados, debilidad e infidelidades de sus jefes y miembros no hayan conseguido destruir su vida.

En esta cuestión, obviamente tan delicada, no se trata de incurrir en la desacertada apologética de negar graves lacras o de restarles importancia, sino de situarlas en su contexto y de mirarlas con sentido sobrenatural. Tampoco se trata, por supuesto, del absurdo de conceder como verdadero lo

no fundado en hechos sino en prejuicios antieclesiásticos. Por ello, es muy necesario que si se habla de “pecados de la Iglesia” se diga los que han sido, no los que no han sido; y en cualquier caso, se ha de hablar sin producir escándalo, ayudando a que se tenga visión sobrenatural de la Iglesia y a que crezca el amor a ella.

e) **Ayuda a captar el sentido de la historia**, a percibir que la historia no es una confusa amalgama de hechos sin nexo alguno o con causas sólo próximas, ni mera repetición cíclica con pocas variantes de un mismo proceso histórico (el “eterno retorno” grecorromano), ni despliegue dialéctico de la Idea o despliegue de una permanente lucha de clases como postula el análisis marxista, sino que su clave es Cristo, hacia quien converge la humanidad entera pese a que lo desconozca o rechace, y que mientras no lo alcance, como expresa San Pablo, “*gime hasta el presente y sufre con dolores de parto*” (Rm 8, 22).

Compete en particular a la **teología de la historia** el estudio o investigación, con fiel sumisión al Magisterio, de las causas primeras que rigen los hechos de la historia, que son los designios eternos de la Providencia divina. Este estudio de “*los signos de los tiempos*” se hace a la luz de la Revelación y de sus verdades de carácter histórico, e incluso a la luz de carismas proféticos que Dios suscita en la historia. Esta ciencia ha tenido insignes cultivadores en todas las épocas: en la antigüedad, sobre todo san Agustín; en el siglo XIX, quien ha sido el mayor promotor del culto y devoción al Corazón de Jesús en la Iglesia, el padre Enrique Ramière S.J. (1821-1884); y, posteriormente, el padre Ramón Orlandis S.J. (1873-1958), inspirador del movimiento de Iglesia *Schola Cordis Iesu*. Ambos jesuitas han entendido y enseñado, apoyados en las Sagradas Escrituras y a la luz de los carismas y revelaciones de santa Margarita María en Paray-le-Monial, que el amor al Corazón de Jesús es el misericordioso remedio extraordinario por Dios previsto para hacer que la humanidad siga a Cristo -reine en ella- y sanarla de los agravados males que le han venido por su enfriamiento en la fe y alejamiento de Dios².

Objeto: ¿de qué trata la historia de la Iglesia?

Trata a la luz de la fe de todas las manifestaciones históricamente constatables de la vida de la Iglesia: ante todo la celebración de la liturgia y

administración de los sacramentos, el anuncio de la fe por la predicación y la enseñanza, la fijación del dogma por obra del Magisterio -con la ayuda de la ciencia teológica, y de ordinario en lucha con la herejía- , la cura de almas, la estructura jerárquica y jurídica del cuerpo de la Iglesia, la beneficencia cristiana, las obras de la Iglesia en todos los órdenes de la cultura y la vida social humana, las relaciones con el Estado y la sociedad, las relaciones con las religiones no cristianas y con las confesiones cristianas separadas de ella (ecumenismo)¹⁰.

Método para elaborar la historia eclesiástica como tal ciencia

Para todo historiador es cuestión clave el método a seguir para redactar lo sucedido. También para el historiador eclesiástico, que se atiene a los métodos comunes de la ciencia profana sin que por ello pierda su historia, como veremos, el carácter de verdadera ciencia teológica. El método implica comunmente dos pasos o estadios:

a) La búsqueda y crítica de las fuentes. La historia de la Iglesia depende, como toda historia, de sus fuentes, y sólo puede afirmar o negar acerca de acontecimientos y situaciones del pasado eclesiástico lo que halla en las fuentes rectamente interpretadas (examinadas su autenticidad y valor históricos, como si se tratase de un juicio en que se busca la verdad acerca de un hecho interrogando a los testigos -a *las fuentes*- , confrontando sus declaraciones, verificando la coherencia interna de cada una y relacionándolas con otros datos ya sabidos).

El objetivo primero de la investigación histórica así practicada es la fijación de las fechas y hechos históricos, que forman el armazón de toda historia, sin cuyo conocimiento resulta incierto todo paso adelante. En este estadio de la investigación, la historia de la Iglesia debe muchos resultados importantes a estudiosos también no creyentes, que no reconocen su misterio, pero que aportan datos constatados.

b) El historiador debe en cada caso seleccionar los hechos que interesan a su concreto estudio. Y más allá del relato de los hechos concretos, le compete relacionarlos, señalar causas y consecuencias. Debe descubrir el sentido o nexo que los interrelaciona, captar la fuerza y trascendencia de las ideas que han promovido estos hechos, valorar movimientos espirituales y

épocas enteras. Todo ello requiere el juicio del historiador. No para proyectar prejuicios, ni particulares intereses o una ideología deformadora de la realidad, sino para acercar al lector a la verdad de lo sucedido. Esta tarea de reflexión del historiador -del todo necesaria en cuanto la investigación trasciende la indispensable constatación de algunos hechos- entraña serios riesgos. Exige honestidad, buen sentido, cierta intuición, conocimiento del contexto histórico del tema elegido y, desde luego, verdadero saber filosófico, e incluso teológico, indispensable en particular para la elaboración de una historia eclesiástica.

La historia de la Iglesia, y de suyo toda historia, es ciencia teológica

De suyo a toda historia, por tratarse de ciencia que investiga los comportamientos de los humanos, todos necesitados y llamados a la salvación por Cristo, le afecta la teología. En particular, la historia de la Iglesia es ciencia teológica. Lo esencial de la historia de la Iglesia nos viene dado por la fe. Son datos de la fe revelada: su origen divino (fundada por el Hijo de Dios que se encarna en tiempo y lugar determinados, muere por salvar a la humanidad y resucita al tercer día), su destino hacia la Parusía o segunda Venida de Cristo, su vida animada por el Espíritu Santo, sus sacramentos, su jerarquía.

Pero las múltiples manifestaciones de su vida corresponde estudiarlas en base principalmente a los testimonios escritos que nos han sido legados, como en otra historia, aunque con la convicción de que sólo desde la fe pueden ser comprendidas estas manifestaciones en profundidad e historiadas adecuadamente. Es necesario evitar, tanto la confusión de tomar apresuradamente por verdad científica lo que no pasa de hipótesis, como el tomar por datos de fe lo que no son sino opiniones. En el caso extremo de discrepancia entre los resultados de la razón y los datos ciertos de la fe, éstos han de prevalecer por la obvia razón de que la Revelación divina no puede engañar, y sí la razón humana; no puede haber una “*doble verdad*”.

Se ha de ver con sentido sobrenatural toda la historia de la Iglesia; que no es sin mancha ni arruga, sino plena de acontecimientos ejemplares junto a otros tristemente desedificantes (de los que Dios también se sirve, “*pues*

poderoso es -dice san Agustín- para sacar hasta de los males bienes”), pero que en su conjunto ayudan a entender que la Iglesia es de Dios, ya por sus ingentes testimonios de santidad a lo largo de los siglos -nunca explicables por las solas fuerzas humanas- como por su pervivencia y vitalidad pese a las deficiencias y pecados de sus miembros y a las dificultades externas que le vienen de los rechazos y persecuciones que padece.

Se ha de percibir también en la historia de la Iglesia cómo se conjuntan ministerio y carisma, acción santificante de quienes tienen recibido el ministerio para bien de los demás (y santifican aun con independencia de la santidad del ministro), y acciones múltiples suscitadas por el Espíritu Santo en los fieles para el mismo bien de la Iglesia y de la humanidad.

Por ejemplo, el inmenso y multiseccular esfuerzo de la Iglesia en su Magisterio para guardar y transmitir la fe recibida de los Apóstoles, a través de dificultades y contradicciones sin número, atestigua por encima de las múltiples contingencias históricas que normalmente acompañan al Magisterio, que éste es obra de Dios, particular asistencia del Espíritu Santo a quienes en especial ha sido conferido este ministerio y servicio: a los sucesores de Pedro y de los apóstoles actuando como tales¹¹.

Nota sobre el método de la historia positiva

A comienzos del siglo XIX surge en Alemania el llamado “método científico crítico”. **Niebuhr**, profesor de la Universidad de Berlín desde 1810, fue pionero del método que seguido y ampliado por **Ranke** (1795-1886) ha influido rápidamente y creado la escuela predominante en todo el mundo universitario y cultural de Occidente hasta hace unas décadas: la llamada “escuela positivista de historiadores”.

Ranke practicó y propugnó la búsqueda exhaustiva de documentos archivísticos originales, la crítica sistemática de los mismos por el análisis interno y el cotejo mutuo, y la utilización del documento como base fundamental, en la medida de lo posible exclusiva, para la narración histórica. Esta metodología empirista -positivista por su fuerte apego al documento (lo “positum”: lo dado o puesto)-, venía motivada por el deseo de hacer historia “objetiva”, no influida por la subjetividad del historiador, que sea reconstrucción del pasado lo más fidedigna posible¹².

Cuestión delicada es valorar debidamente este método, pues junto a innegables méritos subyace en él no poca ideología. Hay reticencia, ampliamente extendida entre historiadores, a apreciar la fuerza de las ideas en la historia, a reconocer la necesidad de la filosofía, y más en particular de la metafísica, para captar la realidad de lo sucedido en la historia. A mantener este prejuicio antimetafísico han contribuido en gran manera el positivismo de **Augusto Comte** y el **historicismo** de la época (“los hechos son singulares e irrepetibles”, no valorables por ningún criterio de carácter universal, como es el de la universalidad de la ley natural en la conciencia de los humanos de todo tiempo, sino sólo según cada momento y circunstancia).

No obstante, a esta escuela histórica se le debe reconocer el innegable mérito de haber hecho progresar el conocimiento histórico al asentarlos sobre bases firmes y aportar comúnmente mucha verdad en lo que afirma. Gracias al ingente trabajo de multitud de investigadores ha proporcionado, previa crítica metódica, extraordinaria abundancia de datos seguros (sobre fechas, nombres, dinastías, batallas, códigos, textos literarios de toda época, textos de constituciones, cambios de régimen y de gobierno, hechos revolucionarios, etc.). Ha tenido también el notable acierto de considerar que los hechos políticos, que selecciona de manera preferente, son de importancia decisiva para la vida de toda sociedad; mayor que la de los hechos económicos y otros de diverso carácter.

Sin embargo, la historiografía preferentemente positivista, típica del siglo XIX y parte del XX, -que pretendiendo ser objetiva tiende a reducir en demasía lo real historiado a los hechos más concretos- hoy es reconocida como corta de alcances. Los puros hechos, aun siendo con frecuencia significativos y elocuentes, e imprescindibles desde luego para no moverse en la pura elucubración o fantasía literaria, son insuficientes por sí solos. No logran manifestar el sentido del conjunto de hechos y realidades históricas complejas¹³.

En este sentido, Comte (+1857) llegó al extremo -aunque no Ranke- de propugnar el estudio de la sociedad del presente y pasado (la sociología) “con el mismo espíritu que los fenómenos astronómicos, físicos y químicos”, tratando de encontrar leyes generales que regulan la evolución socio-

histórica para predecir el curso futuro prescindiendo de cualquier consideración metafísica, por sobrepasar lo empíricamente verificable¹⁴.

Nota sobre la prevención de que la subjetividad del historiador falsee el relato del pasado; no necesariamente

Un diluvio de críticas, proveniente en gran parte del hegelianismo de izquierdas y del marxismo, se ha precipitado sobre la historiografía clásica de corte positivista desde hace más de cincuenta años. Le reprochan de quedarse demasiado en puros datos -fechas, nombres, batallas, etc- sin penetrar en la fuerza e importancia de las ideas en el devenir de la historia. Los afectados han replicado comunmente que las ideas de los humanos pertenecen a la subjetividad de cada cual, y que ésta no puede incidir sobre lo historiado. El historiador dejaría de ser “objetivo”, faltaría a la honestidad del oficio. Ante estas conocidas encontradas posturas sirvan las siguientes breves reflexiones, que no pretenden más que señalar que también para la ciencia histórica es necesaria la filosofía del ser, la metafísica de Santo Tomás de Aquino.

Conviene aquí recordar algo obvio, anterior a cualquier reflexión o discurso filosófico: que en la mediación pensante -en el pensamiento que genera el sujeto- es donde se manifiesta la verdad de las cosas, y no en las cosas mismas. Lo cual no es idea de raíz kantiana o idealista, salvo si se niega u olvida aquello que debería ser aún más obvio si cabe: que la verdad de las cosas está en ellas mismas; y de manera manifiesta, en la mente humana que la capta, y no sólo en la conciencia del sujeto (Hegel), o fuera de la conciencia y de las cosas (Platón), o sólo en las cosas mismas, como si la mente sólo las captase de manera incierta formando en sí una especie de calco pobre de la realidad (empirismos, escepticismos).

La viva insistencia de la escuela positiva en que el historiador sea muy parco en emitir juicios de valor no deja de tener su fundamento. Por una parte, por la obvia dificultad de captar y matizar cuál sea la sensibilidad moral y conciencia subjetiva de las gentes en cada época, lugar y circunstancia, pese a que existe una misma ley moral objetiva para todos (la ley natural). Y por otra, porque con frecuencia el relato de los puros hechos, por sí solo, es más elocuente para el lector que una cualificación o juicio de

valor explícito del historiador. Es el lector quien mayormente formula en su mente el juicio de valor pertinente.

Pero pese a la fundada prevención de la escuela positiva a las valoraciones y juicios históricos ligeros o deformados por prejuicios, queda en pie el problema de que su solo método resulta insuficiente para describir la realidad. Hay que penetrar en ella para entenderla. Se requiere más que la constatación casi sólo empírica de los hechos y la posterior formulación de leyes históricas al modo como en un laboratorio de física se verifican hipótesis tras la reiteración de experimentos.

Es patente (y lo afirma la gnoseología de Aristóteles y Santo Tomás) que en el relato de lo que ha sucedido hay elementos que necesariamente son puestos por el sujeto, como son los juicios sobre las causas y las consecuencias de los acontecimientos históricos, pues los hechos por sí solos rara vez lo dicen; es la inteligencia humana la que los expresa. Y esto no es deformación de la realidad si vige la metafísica del ser. Pero si en su lugar se impone como clave interpretativa de la historia una u otra metafísica idealista, el grave resultado es patente. Y por otra parte, compete al historiador, es función del sujeto, hacer la selección de los hechos entre la multitud que de ordinario se le ofrecen y discernir cuáles son en realidad más relevantes o significativos para la historia que trata de elaborar, lo cual obviamente es ejercicio de la inteligencia metafísica del historiador abierto a la realidad, no prejuiciado por idealismos o, por el contrario, por relativismos, comunmente historicistas, que pretenden que no existen verdaderos principios morales sino los que se den en cada momento y lugar.

Y una luz del todo superior para captar el sentido de los hechos históricos es la de la fe que se proyecta sobre ellos. Las ciencias humanas, como advertía Juan Pablo II en Puebla al episcopado latinoamericano, nunca pueden alcanzar la verdad definitiva sobre el hombre, que, en cambio, le es mostrada precisamente en Cristo muerto y resucitado por él.

Auge actual de interpretaciones de la historia en clave de filosofías idealistas y marxistas

Pretender que se pueda hacer historia “objetiva” -sin casi participación de la subjetividad del historiador-, son pocos los que hoy lo sostienen. Pero por

desgracia a esta escuela positivista, prudente y meritoria por tantos conceptos, que trata de respetar el ser de las cosas pese a faltarle metafísica, han sucedido en abundancia las interpretaciones en las que el sujeto pone, “se proyecta” en lo que relata, pero no porque se abra al ser de las cosas gracias a la metafísica del ser, sino más bien por pensarlas desde perspectivas previas de filosofías idealistas (Hegel, Baur, Goetz, Croce, Gentile). Entre estas lecturas idealistas de la historia priman las hechas **en clave de dialéctica hegeliana** y, más recientemente, **en clave de análisis marxista**; lecturas por las que, en definitiva, antes de ser detectados los hechos que constituyen la trama de lo que se pretende historiar se sabe ya de antemano el gran proceso necesario que los concatena y da sentido.

Esta es la consecuencia patente de las metafísicas idealistas en el campo de la historia, pues postulan que lo verdaderamente verdadero y primeramente conocido no es el ser de las cosas del mundo sino la Idea, configuradora de culturas, conciencias, mentalidades, religiones, comportamientos éticos, instituciones políticas y religiosas, etc.. Y por este a priori viene a suceder que los hechos históricos que no encajen en el esquema preestablecido se relatan deformados o simplemente se omiten.

Pese a su irrealdad o común grave deformación de los hechos, tales métodos predominan en la actualidad; y con particular fuerza el del análisis marxista y su preferente o casi exclusiva selección de datos de carácter económico, sobre todo a partir de la **escuela de los Anales** creada por el marxista **Lucien Febvre** en 1929; tendencia vigente en numerosos textos y manuales de enseñanza media y universitaria en Europa y América aun después de la caída del comunismo en Rusia y los países del Este.

Por su parte, la historiografía liberal clásica de los siglos XIX y XX, más atenta por lo común a la objetividad de los hechos, no obstante asume en gran manera el idealismo hegeliano al tratar de la revolución liberal y sus fases. Es sintomático que al formular juicios de valor acerca de las formas de pensar sobre la vida (sobre el matrimonio, la familia, la política, la moral y las costumbres, la religión, etc.), los pronunciamientos que emite no son sobre la verdad o falsedad de tales formas de pensar, sino sobre si son de izquierda (“de progreso”), de derecha (“de reacción”), o de centro (“de superación de extremos”).

Esta historiografía expone cómo esas ideas “de progreso” -las “racionales”- son impuestas en un primer momento, de ordinario, con excesos, derramamientos de sangre y otros horrores, y cómo llegado un momento tales excesos son percibidos ya innecesarios, extremosos, y por lo mismo se llega a un equilibrio o “síntesis” superadora de los momentos anteriores; síntesis, convertida en tesis, a la que a su vez le adviene una nueva antítesis; con lo que el proceso dialéctico prosigue.

Así, el curso de la historia es presentado como una marcha inexorable de la humanidad hacia su dignificación por su progresiva concientización de que es soberana y de que, por ello, ha de liberarse de la fe y la moral religiosas, que han estado informando durante siglos la vida privada y pública de los pueblos, y que éstas -la fe y moral religiosas- no son sino fruto del espíritu humano aún no racional. Por ello, el liberalismo no puede desvincularse del ateísmo como si le fuese extraño o ajeno, ni por sus principios teóricos inspiradores (la “soberanía” del hombre en lugar de la de Dios), ni por la praxis de los hechos que lo acompañan por todas partes. Otra cosa es que en la práctica de la vida se den, como decía el papa León XIII, “felices inconsecuencias”¹⁵; muchas, a Dios gracias.

Estas interpretaciones de la historia, que han contaminado hondamente a las burguesías ilustradas de los siglos XIX y XX por todas partes (interpretaciones acogidas como lo obvio, como aquello que debe ser pensado por toda persona culta, no ignorante), han contribuido decisivamente a crear la conciencia de que la secularización de la sociedad es “lo que se impone”, un deber ineludible de los tiempos; y a crear también un tremendo y extendido pensamiento de que la fe, en lugar de ser el inmenso don por Dios concedido, es fruto del espíritu humano; del espíritu aún no racional de otras épocas¹⁶.

Por el contrario, si el historiador razona con la metafísica del ser, y conocimiento sólido de la historia de la filosofía (es decir, de la historia de las ideas y de su enorme fuerza transformadora), y se apoya en buena teología -lo cual es decisivo-, recibe sin duda unas contribuciones extraordinarias para mejor entender las realidades históricas y dar razón de sus causas y consecuencias. Tal comprensión no proviene de la pura observación empírica de los hechos sino del pensamiento del historiador, lo cual no es subjetivismo, ni idealismo a lo Hegel, sino manifestación en la

conciencia del historiador de la verdad, de la realidad que trata de describir, de ordinario profunda y compleja, justo por ser humana y social.

1 Conviene aquí recordar la historia que prefigura o anticipa la de la Iglesia: la del pueblo de Israel, pueblo por Dios elegido, santo, en el que abundaron también miserias y pecados, de los que precisamente Dios se sirve -hechos santos y menos santos- para cumplir su indefectible promesa universal de salvación.

2 Cf. JD I, 32

3 Las citas escriturísticas se toman de la Biblia de Jerusalén de Desclée de Brouwer, Bilbao 1975, salvo indicación contraria

4 PIO XI, encíclica *Quas primas* (1925), en MP I, 185-196, expone de modo sistemático esta doctrina a la vez que instituye la solemnidad litúrgica de Cristo Rey para ser celebrada en toda la Iglesia.

5 LORTZ, Joseph, *Historia de la Iglesia*, I, Cristiandad Md 1982, 27

6 SAN AGUSTIN, *La Ciudad de Dios*, XIV, cap. 4, en *Obras completas de San Agustín*, XVII, Bac, Md 2001, 71.

7 SAN AGUSTIN, *La Ciudad de Dios*, XIV, cap. 28, en *Obras completas de San Agustín*, XVII, Bac, Md 2001, 137s

8 VATICANO II, *Gaudium et spes*, 22.

9 Cf. ORLANDIS, Ramón, *Editorial*, en revista *Cristiandad*, Mayo 1945

10 Cf. JD I, 27-29; NH I, 19-26; LORTZ, Joseph, *Historia de la Iglesia*, I, Cristiandad, Md 1982, 26-31

11 Cf. JD I, 30-32; NH I, 19-28

12 Cf. MORADIELLOS, Enrique, *El oficio de historiador*, Siglo XXI, Md 1999, 32-34

13 Es ilustrativo al respecto el conocido difícil entendimiento entre historiadores de oficio y literatos que abordan temas históricos. Éstos suelen aducir que con muchos menos datos que los que posee el historiador suelen hacer más inteligible un hecho o época pasada. Sucede con frecuencia. Piénsese por ejemplo en la estupenda descripción que hace el padre Luis Coloma en *Pequeñeces de la alta sociedad isabelina tras la revolución de 1868* que destrona a Isabel II. Con cuatro pinceladas retrata muy vivamente el cambio social, los sentimientos y juicios de la élite aristocrática que hizo la revolución con Isabel II, mejoró sus riquezas con ella, y ahora, en 1868, marcha al exilio a Francia entre protestas contra las revoluciones.

14 Cf. MORADIELLOS, Enrique, *El oficio de historiador*, Siglo XXI, Md 1999, 34

15 LEÓN XIII, encíclica *Au milieu des sollicitudes* (1892), n. 41, en *Doctrina Pontificia (Documentos políticos)*, Bac, Md 1958, 310. El papa se refiere a la “feliz y manifiesta inconsecuencia” que se da cuando, pese a ser una legislación anticristiana, la autoridad -“el administrador”- gobierna sin atentar contra el orden cristiano.

16 Son muy ilustrativos al respecto los prólogos de Walter Goetz a cada uno de los diez volúmenes de la monumental *Historia universal* de Espasa Calpe, Md (1ª ed. en 1951) por él dirigida, ya antigua pero muy difundida hasta hoy por las bibliotecas de España y América. Manuel García Morente, que había sido catedrático de Metafísica de la Universidad de Madrid y conocido agnóstico, al concluir la traducción al castellano de esta *Historia universal*, ya convertido a la fe, hizo que los editores españoles añadieran unas graves notas de advertencia en el prólogo del primer volumen. Los prólogos de mayor impronta racionalista -hegeliana- son seguramente los de los volúmenes I (sobre los orígenes del cristianismo) y VII (sobre la Revolución francesa y la Restauración). En esta monumental obra germana, en especial en sus prólogos, aparece la historia en gran manera como

despliegue dialéctico de la Idea; y el Estado moderno como encarnación de lo divino, del Espíritu Absoluto, en la historia.